

OLGA OROZCO

Vuelve cuando la lluvia

Hermanas de aire y frío, hermanas mías:

¿cuál es esa canción que se prolonga por las ramas y rueda contra el vidrio?

¿Cuál es esa canción que yo he perdido y que gira en el viento
y vuelve todavía?

Era lejos, muy lejos,

en las primeras albas de un jardín custodiado por ángeles y ortigas,
paraíso sin sombra y sin olvido.

Cantábamos para siempre la canción.

Cantábamos nuestra alianza hasta después del mundo.

Era hace mucho tiempo, hermana de silencios y de luna.

Era en tu adolescencia y en mi niñez más tierna,

cuando apenas te habías asomado a las sinuosas aguas del amor,
que te apresaron pronto,

y aún te vestías contra nuestro candor con el muestrario de las apariciones:

la novia fantasmal, el alma en pena o la mendiga loca;

pero al día siguiente eras la paz y el roce de la hierba.

Cuando te fuiste, faltó el cristal azul en la canción.

Era hace mucho tiempo, hermana de aventuras y de sol.

Yo era la más pequeña y seguía tus pasos por sitios encantados

donde había tesoros escondidos en tres granos de sal,

un ojo de cerradura enmohecida para mirar el porvenir más bello

y un espejo enterrado en el que estaba escrita la palabra del supremo poder.

Tú inventabas los juegos, las tentaciones, las desobediencias.

Fueron tantos los años compartidos en fiestas y en adioses

que se trizó en pedazos la canción cuando tu mano abandonó la mía.

Hermanas de ráfaga y temblor, hermanas mías,

las escucho cantar desde las espesuras de mi noche desierta.

Sé que vuelven ahora para contradecir mi soledad,

para cumplir el pacto que firmó nuestra sangre hasta después del mundo,

hasta que completemos de nuevo la canción. —